

RAFAEL FERNANDEZ POMBO  
Correspondiente

Excmas. e Ilmas. Autoridades.  
Ilmos. Señores Académicos.  
Señoras.  
Señores.

En esta sesión necrológica que estamos llevando a cabo para honrar la memoria del que fue Académico ilustre, Secretario de esta docta corporación, profesor emérito, archivero fecundo, escritor prolífico y toledano de pro, me ha correspondido, por decisión del Director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, Ilmo. Sr. D. Julio Porres y del Secretario de la misma, Ilmo. Sr. D. Félix del Valle, comentar, –que no enjuiciar, ni valorar siquiera–, la personalidad del Ilmo. Sr. D. Clemente Palencia Flores bajo el punto de vista de su hacer poético.

Se ha pensado, sin duda, que un poeta es el más indicado para hablar de otro poeta; agradezco, pues, esta designación y acepto esta responsabilidad. Lo que no sé si se ha tenido en cuenta es que, –y esto ya no es tan fácil–, de un maestro hable y comente un discípulo. Y el magisterio de don Clemente, tan palpable en muchas cosas, aparece, quizá de un modo más sutil y menos ostensible, pero no por ello menos real y efectivo, en el hermoso y amplio campo de la Poesía. Cualquier poeta, naturalmente yo mismo, tiene que aprender de quien, escribiendo o no en verso, hacía poesía de un modo natural y constante. Siempre en la prosa de don Clemente, como en sus doctas y amenas disertaciones hubo pinceladas, matices líricos, que daban, –añadían–, al texto, frecuentemente histórico, una frescura especial, un algo indefinible, que los revitalizaba. La exquisita sensibilidad de don Clemente ponía un halo de luz poética a los personajes retratados por su pluma, a los sucesos relatados, a las fechas evocadas...

Si todo esto fuese poco, –que no lo es–, maestro de poetas será

siempre quien enjuicie su propia forma de hacer entender la Poesía con estas hermosas palabras:

"Partiendo de la etimología de la palabra "pocsfa" que quiere significar CREACION o ENTUSIASMO, según Platón, entiendo por tal una forma nueva de expresar un arrebatado del espíritu ante lo que ocurre a nuestro lado".

Como ven Vds., queridos amigos, don Clemente, buen poeta, sabía vibrar, arrebatar, entusiasmarse y crear partiendo de esas pequeñas cosas, mínimos acaeceres de cada día.

Pero, ¿cómo llevaba a cabo este traslado de lo material y cotidiano a los estadios del alma, allí donde tiemblan las cuerdas del arpa oculta cuando recibe la brisa de la inspiración? Escuchemos lo que él mismo declaraba a este respecto: "La Poesía no puede ser nunca un vano juego de asonancias, sino una idea vigorosa que revele algo nuevo". Recuerda don Clemente de qué manera desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII, la poesía, con indudables fines didácticos y humanísticos y atendiendo a severos códigos poéticos, mermaba la capacidad creadora del poeta al mismo tiempo que destruía buena parte de sus vehemencias y entusiasmos. Lejos de esto, don Clemente quiso para sus versos, antes que la perfección formal, la llama crepitante y luminosa de las íntimas y palpitantes convulsiones. "He buscado, —según explicando—, la sencillez, el verso sereno, con acento siempre, aunque prescindiera de la rima en ocasiones y he intentado, en lo que afecta a la motivación de un poema, los temas conmovedores ensayando los efectos que pueda producir una idea hecha verso". Es como si don Clemente hubiese hecho suyas aquellas palabras del poeta ruso Evgueni Evtushenko; "¡Oh Dios mío, deja que sea poeta! No permitas que engañe a la gente".

Fiel a estas consideraciones nos dejó un soneto, —pura elucubración sobre la efímera belleza de una rosa—, que se salvó del olvido gracias al esfuerzo antológico de Amador Palacios en "Poetas toledanos vivos", en el que capta y traslada al lector la voz del barroco:

"Pura, encendida rosa", enamorada  
del silencio barroco, lentamente  
llega hasta la hermosura de tu frente

el frío que sembró la madrugada.

Dobló la tarde tu cintura alada,  
 quedando tu belleza tan ausente  
 como espuma que lleva la corriente  
 a los ríos que van hacia la nada.

"Pura, encendida rosa", de aquel verso  
 que anudó al corazón sombras y ocasos,  
 caricias y agonías sobre el alma.

Tu desnuda belleza es el diverso  
 panorama de glorias y fracasos  
 que borró para siempre nuestra calma".

Decíamos hace un momento que el soneto que acabamos de leer se libró del olvido, de la desaparición, gracias al poemario editado por el Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos. Este es otro aspecto en la poética de don Clemente que conviene tener muy en cuenta. Fue, pese a sus múltiples actividades líricas, –Director de la revista "Ayer y Hoy", Presidente de la Asociación "Estilo", premio "Rosa del azafrán" y "Corpus Christi", el primero de Consuegra, de Toledo, naturalmente, el citado en segundo lugar; miembro destacado del Grupo "Alforjas para la Poesía". etc, etc–, más poeta de recital que de obra impresa, más de breves y rápidas, pero cálidas, actuaciones que perpetuidades librescas. Y es que, y me lo decía quien le conoció, valoró y siguió en su culta trayectoria, mi querido y admirado amigo el Dr. don Rafael Sancho, "Don Clemente era la palabra". Exacta definición la del Sr. Sancho. Es tanto como decir, que poeta contra viento y marea, le importaba más el trino que la rama, el vuelo que el nido, en suma; la espontaneidad que el trabajo elaborado dispuesto a pasar a la posteridad.

¿Resta esto importancia a la actitud de don Clemente como poeta? En manera alguna. Yo, incluso, me atrevería a asegurar lo contrario. Dejando a un lado, –y ya es dejar–, esas actividades poéticas a las que hemos aludido, no olvidemos que don Clemente participó en casi to-

das las "vanguardias" líricas que fueron surgiendo en Toledo. Lo mismo promovía un recital en la plaza de Santo Domingo homenajeando a Bécquer, que actuaba en el escenario del Teatro Rojas con las "Alforjas" de Conrado Blanco para conmemorar el primer centenario del hoy restaurado Coliseo. Intervino con categoría y fuerza en las tendencias garcilasistas de José García Nieto, alentó a poetas jóvenes, prologó libros, fomentó ideas incipientes y, en fin, fue nexos que no podremos olvidar entre, dos fuerzas, dos presencias arrebatadoras: la Poesía y su amado Toledo.

Otros protagonismos, —conferencias, charlas, participación en publicaciones de las Artes y de las Letras, amén de la Prensa diaria—, alejan, momentáneamente, es cierto, el protagonismo singular que tuvo y mantuvo, —emisión radiofónica de Sandalio de Castro a través de las antenas de Radio Toledo, o la revista hablada "El Patio toledano"—, dentro de las lindes de la estrofa y el verso. Don Clemente, tan unida su acusada personalidad al "Don", tratamiento que jamás le negábamos los que tratamos con asiduidad, frecuencia y confianza, se quedaba en "Clemente", sólo, sin el inseparable "Don" cotidiano, cuando oficiaba de poeta. Hacía esta atinada observación el escritor, —el poeta—, toledano Juan Antonio Villacañas y así, cuando don Clemente se trasmutaba en Clemente, el historiador meticuloso, el investigador tenaz, el agudo ensayista, se convertía en un bardo de feliz inspiración, en un juglar como aquellos que, en su día, frecuentaron las salas de los castillos que él tan bien conocía y amaba o las plazas de las villas en las que su palabra, —ora pregón, ora recital—, ponía acentos exactos y transmitía ideas nobles y oportunas. Así le escuché en los actos inolvidables en torno a la figura del infante don Juan Manuel en el castillo-alcázar de Escalona, o en la plaza de Consuegra, o en el palacio de Fuensalida...

Producto de este modo alegre y desinteresado de entender el quehacer poético, sólo ha llegado hasta nosotros un libro de poemas, "Diálogos junto al camino" editado en 1960. Por fortuna, mucha de su obra dispersa y ocasional se encuentra recogida en publicaciones antológicas, así, por citar alguna, "Toledo en la literatura", recopilación de textos del eximio periodista y cronista de la ciudad, don Luis Moreno Nieto; la "Antología poética" de la primera semana de poesía

de Castilla-La Mancha, publicada en Guadalajara; las menciones, orientadoras para posteriores búsquedas, que de él hace María del Pilar Cecilia en "Autores toledanos del siglo XX"; la ya mencionada obra de Amador Palacios; los "Cien poetas de Castilla-La Mancha", de Alfredo Villaverde y, en fin, los poemas que, motivo de homenajes y conmemoraciones, sesiones monográficas y otros actos, recoge la revista-boletín "Toletum" de esta misma Real Academia en el inegable prestigio de sus páginas. Sin embargo es mucho lo perdido o, al menos, lo que ha estado a mi alcance a la hora de componer este recordatorio. ¡Ojalá pudiera recuperar para un estudio más completo y extenso ciertas composiciones que escuché de sus labios en intervenciones en las que ambos fuimos partícipes! Y me refiero de nuevo a Escalona, y a la sesión poética del teatro de Rojas, y a la memorable ocasión en que los poetas de Alforjas para la Poesía depositamos, en el convento de las carmelitas de esta ciudad, nuestros poemas ante la tumba de la Venerable María de Jesús, la famosa "Letradillo" de Santa Teresa, con el gozoso motivo de su beatificación, y el soneto inefable en el que don Clemente acercaba el mar hasta Toledo en los actos del "Día del Mar" que por deseo de la Armada Española tuvieron lugar en las riberas de un Tajo peñascoso pero que acabará siendo en Lisboa oceánico y desmedido...

Pero, si este es el poeta, ¿Cuáles fueron, —publicadas o inéditas, conservadas o perdidas—, las constantes poéticas que, por lo general, alentaron sus composiciones? Digamos en principio que don Clemente era hombre de fe, ese sentido de lo religioso, esa su condición de creyente, aflora en no pocos de sus versos, algunos de una piedad verdaderamente conmovedora, por ejemplo, el soneto que dedica a la imagen nazarena de Cristo Redentor que se conserva en el monasterio de Santo Domingo el Real:

"Camino de la Cruz... ¡Quién te siguiera  
besando el lirio que dejó tu herida!  
¡Quién pudiera poner en tu caída  
una rosa de amor que aliento fuera!"

Bien es verdad que esta espiritualidad trascendente encuentra en

nuestro poeta sus mejores acentos cuando canta y glosa a los dos grandes místicos del Carmelo Descalzo, Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Asocia a ambos con su amado Toledo, —la otra constante de la que hablaremos después—, y logra en esa simbiosis de misticismo personal y misticismo urbano estrofas de una gran belleza. Escuchad como vió don Clemente la noche de la escapada del fraile-poeta hasta el primitivo convento carmelitano de la calle del Torno de las Carretas:

"Era una sombra de dolor el río;  
 sube de lo profundo hasta la altura  
 el eco triste de la noche oscura  
 que el silbo de los aires toma frío.

¡Oh cristalina fuente en el vacío  
 de riberas sin soto ni espesura.  
 Pasó por estas calles su figura,  
 y al verle tú lloraste, Tajo mío!

Aunque es de noche el pecho lacerado  
 ha quedado con los ciervos voladores,  
 con la fuente, la almena y el roquedo.

Y Fray Juan de la Cruz llega extasiado  
 por escalas de lirios y de flores  
 desde su noche oscura de Toledo".

Claro está, ya lo apuntábamos antes, que Toledo ocupó, sin duda, el lugar preferente de su inspiración por eso cuando aun a o relaciona el tema religioso con el ambiente toledano don Clemente logra los más acertados y sonoros endecasílabos. Hemos querido demostrar nuestro aserto trayendo hasta Vds. el soneto que dedica a una fiesta tan fervorosa como es la del Corpus puesto que en ella veneramos nada menos que el Cuerpo de Cristo y tan toledana ya que podemos asegurar que de la Vega a los Cigarrales y de Alcántara a San Martín, toda la ciudad se hace Custodia para el Amor de los Amores.

Cantaba don Clemente en el soneto que mereció la Flor Natural en los Juegos Florales Eucarísticos de 1955:

"Hora exacta de Dios en la blancura  
del nardo y de la rosa, en la mañana;  
se adelgaza en sonidos la campana;  
es el aire tapiz y colgadura.

El incienso se mece en la espesura  
que perfila la calle toledana,  
con gozo de clavel en la ventana  
y con palio de toldos por la altura.

La Custodia se acerca sostenida  
por nostalgias de nube o de palmera;  
oro y luz en sus torres verticales.

Y se postra ante Dios, estremecida,  
la piedad y la fe de España entera,  
bajo el peso de glorias imperiales".

Este amor, esta devoción por Toledo y lo toledano, aparece una y otra vez, –siempre que hay ocasión para ello–, dando salida, a través del verso, de sus convicciones y de sus afectos interiores. Y cantará a Garcilaso porque es máximo poeta y sonora voz en un momento renovador y crucial de la lírica española, pero, también, porque Garcilaso es historia de Toledo. Es Isabel de Freire la que acerca este poeta del siglo XX al gran vate del siglo XVI:

"Eras la fruta del cercado ajeno;  
tu pelo como el trigo que en la tarde  
aventa el mes de junio;  
tu voz era la queja de un jilguero.  
Y entre la fresca hierba eres la Elisa  
que canta el poeta de Toledo..."

Por la misma razón o, mejor, en la misma línea, dirá del Greco sabiendo que dice y exalta no sólo el espiritual contenido de sus cuadros, el atrevimiento de sus pinceles, la viva llama de sus cadmios, el rasgado y trágico esplendor de sus cielos, sino la espiritualidad, el tono, la luz y la sombra, la gloria y la tragedia de la Ciudad Imperial por antonomasia:

"Alta ciudad de rocas milenarias  
que juntaron la tierra con el cielo  
y arrastraron con nubes en su vuelo  
claveles y azucenas de plegarias.

A las sublimes cumbres planetarias  
fuistes arrebatada desde el suelo,  
letanías de flores y arroyuelos  
suben a tus alturas solitarias.

Así el Greco trazó sobre ese lienzo  
la espaciosa bondad de tu paisaje  
en torrente de luces desatadas.  
Un Toledo sin fines ni comienzo,  
—sueños de Apocalipsis y bosque—,  
con las alas al Cielo desplegadas".

Larga sería la relación de poemas en los que don Clemente, bajo uno y otro aspecto, con uno y otro motivo o, incluso, pretexto, ha cantado a Toledo. Basten como muestra significativa las anteriores y no silenciemos otra de las directrices poéticas de nuestro homenajeado y llorado autor. Me refiero a aquellas composiciones que por tener carácter intimista y personal dan fe de este Hombre que, como Machado, puedo decir de sí mismo, aunque quizá en su extrema modestia no lo dijese jamás, que era un *hombre* en el mejor sentido de la palabra, *bueno*. Escuchemos y meditemos sobre las breves estrofas que voy a leer a continuación porque en ellas el alma del autor transparenta sus luces asomando la bondad, la inocencia, del hombre bienintencionado, caritativo, sencillo...



"De nuevo junto a tí, árbol amigo,  
cuando ya se han secado tus heridas;  
tiene ya veinte años la metralla  
que amenazó al nacer, tu lozanía.

Has seguido ofreciendo tu ramaje,  
sombra en el mediodía,  
y tus hojas formaron nuevos nidos.

Tú, en la templanza de la tarde miras  
la paz del cielo y la bondad del agua  
y cuentas las galaxias infinitas.

Alguna vez el odio del labriego  
desgarró aún más tu rama dolorida.  
Pero tú, —ya en la cima y en la altura—,  
en el silencio de tu paz olvidas.

Podríamos dar por finalizada aquí esta mi versión personal del don Clemente poeta, pero me van a permitir Vds. que en estos últimos minutos de mi charla yo, dando rienda suelta a mis sentimientos, exponga ante tan distinguido auditorio, una razón poderosa de gratitud hacia el hombre que, porque Dios lo ha querido, nos ha dejado recientemente, hace poco, tan poco, que uno casi esperaba ver hoy camino de esta Casa con su paso difícil, con su mirada perdida en un pájaro o en una torre, en el remate artístico de un edificio o en un sueño. Don Clemente Palencia Flores puso todo su empeño para que yo formase parte de esta Real Academia como Correspondiente, —título y designación para mí del máximo aprecio—, bien es verdad que su idea contó con la aquiescencia y benevolencia de los señores académicos que a la sazón regían esta ilustre corporación, pero fue él, repito, el que quiso que formase parte de ella sabiendo que yo no tenía, —ni tengo—, otro caudal que el de mis versos. Permitidme, pues, que cierre mi intervención con un soneto a él dedicado; será, en cierta medida, como poner una flor, insisto que la de mi gratitud, sobre la tumba del poeta.

Doblar debían todas las campanas,  
torre a torre, convento por convento,  
y empapar de dolor y sentimiento  
las callejas y plazas toledanas.

Cierren sus celosías las ventanas,  
no se pierdan ni el eco de su acento,  
cada piedra se crezca en monumento,  
lloren por él las tórtolas tempranas...

El surco de su afán se quedó abierto;  
Toledo sabe que el poeta ha muerto.  
¿Quién cantará los fastos toledanos?

Se nos fue un capitán de la Poesía.  
Si esculpiese su estatua, le pondría  
—como al Doncel—, un libro entre las manos.

He dicho. Muchas gracias.